



• DE CALLE •

ES tradición muy respetada en España que cada ministro de Educación llegue a la sede del Ministerio en la calle de Alcalá con su ley bajo el brazo, con la loable intención de estropear lo poco de bueno que hayan conseguido sus antecesores. Al parecer, el cargo trae consigo un irrefrenable deseo de pasar la historia como el inventor de un nuevo sistema de enseñanza, aunque sea efímero y casi siempre peor que el anterior.

Con la democracia en España hemos avanzado en muchos frentes de manera notable, salvo en educación, cuyo declive arrancó con fuerza allá por 1980, cuando Felipe González destruyó el régimen basado en el esfuerzo y el mérito para imponer aquella ley nefasta, la LOECE, que acabó con la autoridad del maestro en las aulas, impuso la democratización de la mediocridad y estigmatizó la excelencia. En estos 28 años siguientes, populares y socialistas (estos con más ahínco) han alternado parches, ocurrencias y golpes de efecto ideológicos con la LODE, la LOGSE, la LOCE, la LOE y últimamente la LOMCE.

Las sucesivas leyes han logrado colocar la educación de los niños y jóvenes españoles a la cola del mundo civilizado, aunque Castilla y León se salva de esa vergüenza por la brillante labor de sus excelentes maestros y la colaboración (basta con que les dejen trabajar) de los consejeros del Gobierno regional de turno.

Como no podía ser menos, Pedro Sánchez ha sucumbido a la tentación de marcar a hierro candente su divisa

Celaá y el reto de la EBAU



JULIÁN BALLESTERO

sobre un ámbito tan relevante como dado a la demagogia. Así que ha puesto a trabajar a su ministra en la destrucción mediante piqueta del edificio que levantó en su día José Ignacio Wert, poco antes de pasar a disfrutar de una vida de lujo en París como embajador de España ante la OCDE. Isabel Celaá ha proclamado el fin de los recortes en el gasto, barra libre de lapiceros para to-

Ahí tiene la ministra una oportunidad de acabar con una injusticia flagrante, aunque no lo hará porque perjudica al PSOE

dos, y de paso cambiará los currículos para que la Religión no cuente y vuelva a ser una maría sin mayor trascendencia, como ya lo fue bajo otros gobiernos socialistas.

Que la enseñanza de la Religión sea valorada en casi todos los países avanzados y que sea solicitada por dos de cada tres padres de alumnos, le ha importado un pimiento. Además, la ministra de Sánchez viene con su propia asignatura bajo el brazo, como casi todos los titulares de Educación. El invento se llamará Valores Cívicos y Éticos, que bien podría convertirse en una secuela de aquella Formación del Espíritu Na-

cional, aplicada en los colegios durante los estertores del franquismo, pero dedicada en su caso a imbuir a los infantes del espíritu pijiprogre y perroflautero de la nueva izquierda. Puestos a cambiar, Sánchez se carga las reválidas que contemplaba la LOMCE y amenaza con marginar a la enseñanza concertada, es decir, a un tercio de los centros.

Todos estos cambios no parten por supuesto de un análisis riguroso de la situación de la educación en España, ni responden a pacto alguno. Son pura destilación ideológica socialista.

Y entre tanta mutación echamos de menos un cambio muy necesario para evitar escándalos como el que contaba ayer este periódico en una información donde se destacaban los lacerantes efectos de una Evaluación de Bachillerato para el Acceso a la Universidad (EBAU) diferente en cada autonomía. Esa prueba que marca la vida de los futuros universitarios es mucho más fácil en Andalucía, Extrema-

dura o Canarias, las tres regiones más atrasadas en educación según todos los informes, y eso permite a los jóvenes andaluces, extremeños y canarios asaltar casi la mitad de las plazas de la Facultad de Medicina de Salamanca. Como en Castilla y León la EBAU es dura y los chavales sacan notas medias inferiores, nuestra Comunidad solo consigue un 10% de esa plazas tan cotizadas.

Ahí tiene la ministra un reto, una injusticia flagrante contra la que luchar. Pero no creo que lo haga. Entre otros motivos, porque en Andalucía y Extremadura gobiernan sus correligionarios del PSOE.